

Dos imágenes



JUAN GARCÍA PONCE

Mi última casa en Mérida

La casa era de mi abuela. Estaba en Itzimná, en lo que entonces eran las afueras de la ciudad. Tenía enfrente palmeras reales. Detrás... Se entraba a esa casa por una reja y parte del jardín podía verse desde la calle por tanto. Ese jardín no era muy grande; ocupaba sólo una parte del centro de la casa. El resto estaba tapado por bardas, al terminar las rejas. Primero hay que hablar de esas bardas, no porque ocultasen ningún misterio, sino por la belleza de lo que estaba más allá. El jardín no tenía pasto, sino lo que en Yucatán llaman "frescura" porque sólo sus pequeñas hojas pueden resistir el calor; y sobre ella rosales, con una hilera de pequeñas y bajas violetas enmarcando el jardín. De la barda sobresalían las copas de varios árboles; y de ellos es de lo que hay que hablar primero, porque la huerta, donde estaban esos árboles, rodeaba toda la casa y era enorme. Las copas de los árboles sobre la barda eran de mangos indios y en el extremo opuesto una "mata" de ramón, con cuyas hojas se alimentaban los chivos. Qué lejos, qué cerca está todo eso. Las matas, o sea, los árboles de la huerta, incluían cuatro clases de mangos: indios, manilas, mangas y manilas injertados con chacá, lo que hacía al árbol más grande, pero a los apetitosos frutos, que parecían mangos de manila, intomables porque el chacá era un injerto que los volvía intolerablemente agrios. Mi tía Dedé, hermana de mi abuela, quería venderlos todo el tiempo por su tamaño y mi abuela le decía: "Delia Candelaria, ¡no seas ladrona!" Pero esto indica al menos la verdad del tamaño de la huerta, ya que hasta había que vender sus frutos. Incluía mameyes, zapotes, guanábanas, zaramuyos, caimitos, mameyes de Santo Domingo, zapotes negros —a los que en Yucatán se les dice "tauch", lo que en maya significa "caca de mono"—, guayabas, ciruelas chavales, aguacates, cocos y hasta una palmera de dátiles, a la cual mi primo Eduardo, mi hermano Fernando y yo, una vez le prendimos fuego, amenazando con las llamas el techo de la casa de atrás que era una choza de paja. Ése es

un recuerdo gozoso porque, por esa maldad, nos pegaron a los tres. El mango de manila injertado de chacá estaba en el patio interior, cuya mención me permite empezar a hablar de la casa. Sólo tenía tres alas construidas. Al frente estaba un enorme portal con los mismos mosaicos de toda la casa y muchas columnas. Por ese portal se entraba, al centro, a la sala de la casa. En la sala estaban muebles de paja tejida, el radio y una estatua del Sagrado Corazón sobre una mesita con cubierta de mármol. Sobre esa mesita se ponían las monedas de a centavo para darlas de limosna después; yo me las robaba para comprar "sunchos" —malvaviscos— en la tienda de la esquina. Pecado, pero tenía tantos pecados... Con razón decía mi abuela que la imaginación es la loca de la casa. Me olvidaba señalar que en la huerta estaba también el pozo y una veleta. En Mérida, en esa época, no había agua corriente. En la cuarta parte que debería cerrar la construcción, no había tal, porque ahí, bajo una enorme terraza, estaba el aljibe donde se almacenaba el agua de lluvia con la cual nos bañábamos y de la cual, convenientemente hervida, bebíamos. Con una manguera mojábamos esa terraza para patinar, descalzos, sobre ella. Esta acción no estaba prohibida, mi abuela hasta nos inducía a ella. Debía ser muy estética: unos niños descalzos, con pantalones muy cortos y camisas delgadas, patinando. ¡El misterio del agua de lluvia encerrada en el aljibe! Profanar ese misterio, en cambio, sí estaba prohibido; pues, ¿quién podría saber cómo salir de ese aljibe una vez que se había entrado? Nos subíamos a casi todos los árboles de la huerta. Varios caimitos permitían llegar hasta la azotea. Ahí fumábamos, haciendo honor a un anuncio de la época: "Don Juan, sus Embajadores." Los Embajadores eran unos cigarros ovalados y de tabaco oscuro, igual que los Delicados. En la azotea también estaban los caños muy gruesos, para recoger el agua de lluvia y llevarla al aljibe. Pero de tanto hablar, ya me olvidé de describir el interior de la casa. Si por el frente estaba la sala, del lado derecho, al contrario del aljibe, estaban los cuartos, en fila, que se comuni-

caban uno al otro, como después he leído que era el departamento de Musil en Viena. Esos cuartos tenían ventanas alargadas hasta el piso y con barrotes, que daban a la huerta por un lado y otra puerta que daba al corredor que rodeaba, por tres lados, el patio interior. En los cuartos las camas tenían mosquiteros, o sea, pabellón para proteger a los durmientes de los feroces mosquitos. ¡Qué persecución cuando uno de esos mosquitos se metía al pabellón! En la parte de atrás estaba el comedor y no sé por qué, junto a él, el baño. Todavía detrás del comedor, estaban la cocina y los cuartos de criados. La cocina tenía campana para el fogón, el fuego era de carbón y se mantenía un rescoldo para que el carbón pudiese prender en cualquier momento. Al fondo de la huerta, estaba el gallinero con muchas gallinas y un solo gallo. A esa casa, como buen cristiano, fue a morir mi abuelo. Durante su larga enfermedad, me tomaba del hombro para pasearnos de un lado al otro del portal. En esa casa también murió, de pronto, durante mi estancia ahí, mi bisabuela Chichí Charo. La besé antes de irme a la escuela por la mañana, y cuando regresé al mediodía, estaba muerta. Todavía, no hace mucho tiempo, mi primo Eduardo me comentaba: “¿Te acuerdas qué grande se veía muerta sobre la cama?”

El parque y la iglesia de Itzimná

El parque era muy grande; pero no tenía árboles, sino sólo zacate, como le dicen en Yucatán al césped (María Luisa me aclara que también en otros lugares de provincia le dicen así); el único árbol que hubo ahí; durante un tiempo muy corto para mí, fue frondoso, bello, rojo cuando tenía flores, framboyán, tirado por el párroco de la iglesia sin pedir permiso y porque estaba pegado a su iglesia. Por tres lados el parque daba a calles con casas; por el cuarto, al fondo, donde de hecho terminaba la ciudad, al campo de béisbol. Ahí jugaban maravillosos partidos los cuatro equipos de Yucatán y, si nos portábamos bien, podíamos asistir a ellos. En ese parque mi primo Eduardo, Fernando y yo, le prendimos fuego al zacate. Nunca pensamos que se iba a extender tanto el fuego. Al ver los efectos de nuestra hazaña, pasamos a estar aterrados. Nos metieron a la comisaría y mi tío Álvaro, papá de Eduardo, dijo: “Que se queden ahí.” El mal se paga, pero no tanto: sólo estuvimos un día y una noche; suficiente para estar seguros de que terminaríamos en la cárcel de la ciudad, sin embargo. En ese parque, una vez al año, se instalaba la feria y había puestos en los que vendían toda clase de los muy variados antojitos yucatecos. Se tenía un miedo horrible en las sillas voladoras, pero nadie lo confesaba; era un placer subirse a la rueda de la fortuna. En esa feria tomábamos “algodones”, un dulce rosado muy esponjado y con un palito para detenerlo. Tomar algodones tenía algo infantil tal vez, pero en cambio no era nada infantil tomar toda clase de antojitos yucatecos pidiendo que nos los sirvieran muy picantes. La feria para mí sigue siendo un símbolo de vida, se hiciera lo que se hiciera, menos subirse al inofensivo

carrusel, uno se sentía muy valiente; y cuando se subía al carrusel para seguir siendo ante los demás valiente, uno se bajaba cuando todavía estaba en marcha. ¡Cómo deberían saber todo esto los sudorosos y grasosos empleados que se encargaban de montar la feria y manejar los aparatos! Pero ellos eran los empleados y nosotros los clientes.

No clientes, sino humildes creyentes, éramos los que íbamos a la iglesia de Itzimná. No era grande y estaba pintada de un rojo mucho menos fuerte que las flores del framboyán. ¿Por eso tiró el framboyán el padre Maldonado? Sería atribuirle un sentimiento de envidia y eso es imposible. Él era un santo varón. Uno tenía tanto miedo al confesarle sus pecados, no por temor a que fuese a revelarlos rompiendo el secreto de la confesión, sino porque en el momento de confesárselos, la contrición era perfecta, se estaba realmente arrepentido de haber pecado; teológicamente, uno se hubiera ido al cielo aun antes de recibir la absolución, ya que esta contrición perfecta ni siquiera la necesitaba. Pero lo malo era que esa contrición perfecta duraba muy poco y uno volvía a cometer los mismos pecados en seguida. En mi caso estos pecados en su mayor parte, por no decir en su totalidad, eran contra la pureza y consistían en tener *malos pensamientos*. Mi abuela nos hacía, a mi hermano Fernando y a mí, ir a comulgar todos los días. No oíamos la misa completa o tal vez sí. Yo recuerdo que éramos los únicos miembros del sexo masculino en cumplir tan fervorosamente con este sacramento. ¡Era hermoso tener a Dios en el interior, pero también era hermoso, y no se iba pensando en Dios durante el camino, ir hasta la iglesia! Estaba a menos de una cuadra de mi casa, sin embargo se gozaba profundamente de la hora tan temprana cuando todavía no empezaba a hacer calor. Había lagartijas en la barda de mi casa. Uno seguía detenidamente su rápido perderse de vista. La casa de mi tía Maruja estaba junto, con su enorme árbol de ciruelas chavales en el jardín. Se oían múltiples pájaros y también los llamados de las campanas de la iglesia. A veces se habían tenido sueños impuros. Esto no era pecado, pero sí seguir recordándolos gozosamente al despertar. Entonces el camino hacia la iglesia debería estar cargado de culpa. No era así. La culpa se sentía después, cuando no había nadie en los confesionarios para absolverlo a uno y no se podía comulgar. Cuando eso ocurría había que confesárselo a mi abuela. “Abuelín, no pude comulgar”. “Por qué”, preguntaba ella de inmediato y en seguida agregaba: “No me lo digas, allá tú con tu conciencia.” Se sentía, efectivamente, mala conciencia porque además, cuando esto había ocurrido, uno seguía teniendo malos pensamientos hasta dentro de la iglesia. La semioscuridad y el hecho de estar sentado solo en una banca propiciaba esta baja acción. En cambio mi abuela se puso como una fiera con la beata que le dijo que sus nietos eran unos mochos que comulgaban diario. De todas maneras el interior de la iglesia era agradable, con culpa o sintiéndose muy bueno, con Dios en el interior. Hace poco mi hermana Pilar que vive en Mérida, me mandó un recorte de periódico con una fotografía de la iglesia y una larga historia de la parroquia de Itzimná. Lo guardé tan religiosamente como guardo mis recuerdos. ♦